

Tercer informe

Ingrid Padilla Maza

Ha transcurrido 10 meses desde mi llegada a Friburgo. En este informe tenemos las indicaciones de escribir nuestras experiencias de los meses posteriores al segundo informe. Me resulta difícil encontrar memorias resaltantes para contar, por eso pienso en las estaciones del año para posicionar mi mente y recordar. Recuerdo que el segundo informe fue enviado durante la época de invierno y por aquellos tiempos no me sentía tan augusto con la poca luz del día y excesiva oscuridad. Después de febrero y marzo la situación solar del invierno fue mejorando lentamente, fue algo que me alegraba, encendía una pequeña luz en mi pecho, cada día. Entonces este tercer informe tratará desde la última parte del invierno y primavera, ¡¡cuando los días estuvieron más alegres, si!!

Mis emociones han transitado de acuerdo con las estaciones del año, qué increíble ¿no? Nunca preste atención a los cambios estacionales y las emociones. Probablemente porque nuestro clima en Perú es completamente diferente a Europa y los cambios se perciben ligeros. Mientras el día se hacía más largo tuve que adecuarme a una rutina ligeramente diferente, pues en invierno anochece antes de las 5 pm y estaba en la cama muy temprano, pero luego mi propio cuerpo pedía salir a la luz del sol.

Estuve muy entusiasta en aprender a manejar bicicleta, por eso visitaba constantemente a la gastfamilia de mi mejor amiga en Friburgo, con el fin de prestarme la suya. Las primeras veces sentí miedo, por eso manejaba solo por el bosque, donde era poco probable encontrarme con carros, personas y ciclistas. Conforme fui ganando seguridad me atreví a manejar por las calles. De hecho, mi mayor miedo, pensando en la experiencia en Lima, fue ser atropellada por algún carro; sin embargo, cuando empecé me sentía alentada por la facilidad de las redes de caminos y el respeto hacia los ciclistas. Ahora conduzco sin miedo y con seguridad de que los conductores de automóviles tienen la obligación de respetar y dar prioridad. También “Ir en bici” se ha convertido en terapia para mí, me ayuda a pensar con mayor claridad. Durante los momentos difíciles me monto a una, me coloco los audífonos y me dejo llevar. El recorrido, a veces sin rumbo, termina siendo sanador. Realmente es una actividad que antes pensé que nunca haría por el miedo, pero lo he descubierto y me gusta.

En cuanto a mi centro de voluntariado: durante este tiempo mi estancia en el Jugi ha mejorado, siento mayor comodidad y familiaridad con mis compañeros de trabajo, les niños y grupos formados por los proyectos. El tiempo me ayudo a encontrar e identificar mi lugar y rol, ya no me siento perdida como en los primeros meses. Ahora comprendo mejor el idioma, entiendo mejor lo que sucede, eso me ayuda a sentir seguridad sobre los planes y en las actividades a realizar. Estoy mucho mejor con los niños porque ahora puedo hablar con ellos, con menos frustración que antes. Siento lindo cuando puedo entenderles porque tienen mucha ternura, inocencia y dulzura. Siempre me digo: ah por qué me perdí de esto los meses anteriores al no entender.

En el Jugi he descubierto que no me disgustan los niños, sino que las condiciones de mi experiencia pasada fueron realmente inadecuadas y difíciles para permitirme disfrutar de humanos pequeños. Ahora mi perspectiva hacia ellos es diferente, me he abierto a recibir el amor que de forma sincera transmiten, también entregar reciprocidad cuando realmente siento que quiero hacerlo. Este descubrimiento personal es un gran aprendizaje que me ha llevado tiempo de reflexión y aceptación y la paz a mi corazón.

Durante los últimos meses estoy trabajando con el grupo de mujeres ucranianas. Me siento muy cómoda y acogida al compartir tiempo con ellas, es un grupo genial y dulce. Cada semana realizamos actividades diferentes: juegos, leer un libro en alemán, aprender palabras, salir a caminar o simplemente hablar. Es un colectivo del que realmente disfruto la compañía junto a Karin y Regina. Alguna vez también me fui de viaje con algunas mujeres como actividad extraoficial. A raíz de sentir mayor involucramiento con ellas, a diferencia del grupo de “Mujeres Internacionales” (kurdas, turcas...) me he preguntado por qué me resulta más difícil involucrarme con ellas. No cuento con análisis completo, me digo: probablemente, los primeros meses de mi estancia fueron vitales para entablar una relación, pero no contaba con fuerzas e interés, así que lo dejé pasar. No obstante, presiento que las razones son diferentes y hay matiz interceptado por historias de racismo y discriminación.

Existen más grupos de trabajo y actividades durante las jornadas laborales. Se comparte mucho tiempo a pesar de no hablar mucho y es uno de los lugares donde mayor tiempo dedico. Por esa razón, considero que el Jugi se ha convertido en mi segunda casa en Alemania.

En cuanto a actividades fuera de mi centro de voluntariado, acudí a un seminario sobre Perú en Colonia y al taller Migrante. Adoré ambos espacios. Fue especial asistir a ambos eventos porque me permitió sentirme conectada con el país y especialmente sentirme nutrida por escuchar y trabajar aquellos temas, algo que pierdo de vista en la cotidianidad. Siento como una ventanita que me permite volver atrás, a la universidad, dónde cada clase tiene algo nuevo por conocer y nutrir el alma. Extraño mucho eso, estudiar a diario, porque si no lo hago, me pierdo. Además de sentir aquello, el Taller Migrante me dota de premisas por pensar y procesar acerca de la situación migratoria desde el sur global. Es cierto que las estructuras de poder norte – sur, blanco – no blanco intervienen nuestras vidas hasta el más mínimo detalle y se apoderan de nuestros pensamientos, y cuando empezamos a darnos cuenta de paradigmas tan inhumanos es doloroso. Estoy llegando a aquel punto, de ir descubriendo poco a poco y siendo consiente del legado colonial, es difícil, hay muchos aspectos que no veo con claridad y tengo miedo de dejar pasar situaciones que me vulneran. No obstante, mientras me voy sacando la venda de los ojos me siento más pesimista, me gustaría no sentir aquello y tener alguna fuerza que me permita pensar y actuar de forma diferente. Y me pregunto: ¿Qué puedo hacer para contribuir a un cambio si me siento tan aplastada? Ahí es cuando la frase de una compañera toma sentido: dejar de resistir para existir. Todo el tiempo estoy resistiendo y recibiendo de forma pasiva los ataques de esta sociedad de mentalidad colonial, ¿cómo existo? En este punto existir se ha convertido en todo un gran reto porque intervienen factores tan personales y al mismo tiempo estructurales, cómo hacerle frente y empezar a EXISTIR. Tengo premisas, pero voy ganando valor durante el camino. Algo importante que aprendí de todo este año gracias al seguimiento pedagógico con Vamos, en especial de Dania, es: Incomodar, puede ser el primer paso para ganar confianza y empezar a Existir.

Esta última carta sobre mi experiencia durante mi estancia en Alemania se la dedico a nuestra coordinadora, por compartir sus reflexiones, sensibilidad, amor y cariño, por indicarnos a donde debemos ver para seguir el caminito y poder caminarlo.